

Así habló el ángel, y perdióse luego
Entre los pliegues de la noche. En tanto
José espera con ansia y sin sosiego,
Que de las sombras se recoja el manto
Para volver al techo solariego:
Ya se calmó su afán y su quebranto,
Y penetrando su grandeza misma,
En los arcanos de Jehová se abisma.

Y luego que las auras matinales
Del bosque acariciaban la melena;
Dirijiose de nuevo á sus umbrales
A empezar la gratisima faena,
Y ataviar esos muros patriarcales,
Esa feliz mansión que pronto llena
De su mismo Señor se sentiría,
Al recibir á la sin par María.

Siempre el Eterno los más grandes dones
Para el humilde pueblo ha reservado;
Al sencillo candor sus galardones
También entonces hubo destinado:
Pues ¿quiénes rendirán sus ovaciones
A la Madre del Verbo, y humanaado?
De aldeanos y pastores grande turba
Vino del valle y la colina curva,

A la voz del Patriarca, que afanoso
Las vegas en reedor ha recorrido
En busca de ese pueblo laborioso,
En que el mismo Señor se ha complacido:
Palpita en todos el más vivo gozo;
Pues de la boca de José han oído
Que de salud la prenda más segura
Tendrá Israel en esa Virgen pura,

En quien la mano del Eterno ha obrado
Los más grandes prodigios. Sin demora
Todos, por tanto, el soto y el collado
Recorren; ya á la palma mecedora
Sus joyas más vistosas han robado,
Y á los dominios de la amable flora:
El acanto, el estórraque y la acacia
Esa santa ambición apenas sacia.

Vírgenes tiernas, púdicas zagalas
Entretejen guirnaldas y festones,
Adornados del campo con las galas;
Les brinda el limonero sus botones,
El tulipán sus encendidas alas,
El prado todo sus campestres dones;
Y al regresar á sus pajizos lares,
Van ensayando místicos cantares.

La amable Virgen ya dejado había
Su adios más tierno á la feliz anciana
Y á la risueña plácida alquería;
Y sus ojos aún, aunque lejana,
Hacia ella solícita volvía:
Entre el grato frescor de la mañana,
Por los mismos senderos rocallosos
Guía, de nuevo, sus pasos presurosos,

Sin mirar del camino á la aspereza,
Ni á los rayos del sol, que ya sañudo
Dardos de fuego á disparar empieza.
En un amable arrobamiento mudo
Su alma está sumergida: la grandeza,
De esos nuevos portentos que ella pudo
Saber desde su origen, su alma hiere,
Y sublimes afectos le sugiere.

De Jezraél, por fin, á la llanura
La reina de los siglos se acercaba;
Parecía engalanada la natura,
Asociarse á la pompa que aprestaba
La humilde Nazaret; con gran premura,
Sus más ricos joyeles ostentaba
El campo al ser hollado por María,
Y otra vez de mil flores se vestía.

De querubes un círculo descende
A formarle cortejo, sus brillantes
Alas purpureas en reedor extiende,
Esmaltadas de perlas y diamantes,
Y un pabellón formando, le defiende
De los solares rayos fulgurantes,
Y otros, el aire puro refrescando,
Flabelos de color van agitando

Ya del ronco Cisón dejara á un lado
El arenoso lecho; y de repente,
Al doblar la ancha falda de un collado,
Vió á su encuentro salir rápidamente
A su férvido esposo, acompañado
De turba postoril, que alegremente
En entusiastas vítores rompiendo,
Hirió los aires con festivo estruendo.

Unísonos á un tiempo resonaron
Los rabeles y acordes instrumentos;
Las palmas, las acacias agitaron
Con un dulce vaivén los tibios vientos,
Y aromáticas ramas tapizaron
La senda por doquier; y en los momentos
En que la agreste pompa se acercaba
A Nazaret, que ansiosa la esperaba:

Entonces ¡oh inocencia venturosa!
Por los muros, terrados y balcones,
De mil vírgenes, pléyade vistosa,
Búcaros y coronas y festones
Hizo caer, cual nube vaporosa,
O de nieve cual cándidos vellones,
Y el tesoro gentil de primavera
Sobre la amable Virgen placentera.

Y en ese mismo instante al aire dieron
Sus cánticos pastores y zagales,
Y así sus ecos rítmicos se oyeron:
“Salve honor de las playas celestiales,
A quien los siglos con asombro vieron:
Tú eres vida y salud de los mortales,
Tú de Israel la gloria y alegría,
Tú, blasón de tu pueblo ¡oh gran Maria!

Tú, que al dragón hollaste con la planta,
De tu cautivo pueblo las prisiones,
Nueva invicta Judit, también quebranta,
Y del cielo á las fúlgidas regiones
Hoy la esperanza de Judá levanta:
En tanto, estas sencillas ovaciones
Recibe, oh Virgen, de tu humilde aldea
Que por tí se engrandece y hermosea.

Repiten con asombro los collados
De esa virgen el nombre, y los sonoros
Aplausos le devuelven redoblados,
Mientras prosiguen los amables coros,
En dos alas simétricas formados
A la sombra de palmas y de acoros,
Y del esposo á la mansión vecina
El popular cortejo se encamina.

Pero, ¿cómo podrás, cítara mía,
Bosquejar los trasportes singulares
Con que el casto Patriarca recibía,
Tan digna esposa en sus humildes lares?
El llanto por sus párpados rompía;
Y cual gimen los pinos seculares
Al azotarlos huracán deshecho,
Así en el tropel brotaban de su pecho

Los ardientes sollozos arrancados
A su alma por el júbilo impetuoso
Que por todas sus venas rebosaba,
Mientras ósculos mil con tembloroso
Labio en los pies virgíneos estampaba:
La presencia del Todopoderoso,
Y de esa augusta Madre la grandeza
En el polvo lo hundían de su vileza.

Era la media noche, y todavía
Los rústicos acordes instrumentos
Resonaban con grata melodía,
Y al eco de esos húmidos concertos
Un grupo de querubes respondía
Envuelto entre las ondas de los vientos,
Y sus voces subían á la altura,
Cantando del Patriarca la ventura.

